

El “ Museo secreto ” de don Eugenio D'ors

Escribe: EDUARDO CARRANZA

Algunos venturosos escritores existen a los cuales la pródiga naturaleza ha concedido, a más de los dones centrales para escribir ensayos, novelas o filosofías, un pequeño caudal de gracia poética. Este, que pudiéramos denominar gracioso excedente en la distribución de los talentos, sirve a los tales ingenios para dar a la prosa un leve rizamiento lírico, una difusa ternura y tibieza cordiales. Y presta su gallardo relampagueo de imágenes a los ensayos de Ortega, por ejemplo; su melancólica humedad de lirismo a las divagaciones de Azorín; su tan hermosa tensión poética a las novelas de Gabriel Miró; su nítido garbo solar a libros como *La bien plantada* de Eugenio D'ors. Pero sucede que cuando esa delgada capacidad poética se deslinda de la prosa y se resuelve en versos deliberados, los poemas de esos grandes maestros del estilo, cuando han decidido ensayar la poesía en verso, como en el caso Baroja, resultan, casi sin excepciones, secos y conceptuosos; pues que la onda lírica apenas alcanzaba para fertilizar el extenso territorio de las novelas, ensayos o meditaciones.

Tal es, un poco, el caso de Don Eugenio D'ors, el inolvidable maestro, el querido, el noble, el ingenioso “Don Eugenio”; el estilista insigne, el crítico de arte sin par en la Europa de este medio siglo, el creador de un personal sistema filosófico. Unamuno, Ortega y D'ors han sido, en nuestro tiempo, los máximos exponentes del pensamiento hispánico. Unamuno era un típico hombre celtibérico, contradictorio y ardiente, que expresó en prosa fervorosa y sanguínea las agonías, las quimeras y las ansias de inmortalidad de su estirpe. Ortega mira allende el Pirineo y expone en una prosa tersa y limpidísima inquietudes filosóficas radicalmente españolas y contemporáneas. D'ors es un clásico que contempla meditabundo, con ojos claros, el Mediterráneo grecolatino. En su obra cristalizan los perpetuos anhelos clásicos del alma catalana; el anhelo de nitidez, límite y contención que caracterizó a los mejores espíritus de Cataluña desde Raimundo Lulio y Ausias March hasta Juan Maragall. El mismo nos ha expuesto su ideal tipo de hombre: “Obrero como un moderno, curioso como un ateniense, como un ateniense de paseo y de conversación. Artesano y filósofo. ¡Supremo tipo humano! ¡Garantía definitiva de la realización

del orden en el mundo!". Y, añade uno de sus críticos: "nos dice haber meditado entre piedras romanas junto a la brisa del mar latino en Tarragona".

Por una gentileza de mi amigo Antonio Oviedo —tan fino y lúcido como generoso— me fue dado conocer hace años ya, un curioso y precioso libro de versos escrito por el maestro del *Glosario*. Ahora lo releo. El título, *Museo secreto*, es ya bien significativo. D'ors no desea espectadores importunos, ni huéspedes impertinentes en el cerrado recinto de su poesía que destina al goce y compañía de unos cuantos amigos predilectos. Y así lo expresa en una ingeniosa reflexión prologal que no podemos menos que transcribir: "Un veterano y gracioso recuerdo es conmigo, al reflexionar acerca del título conveniente a estas páginas, con que la amenidad de unos amigos quiere abrir una colección, colocada cabalmente bajo el signo de la amistad y atenta a los límites de su contorno.

"Era en Roma, y yo, un estudiante. Cierta domingo y como yo paseara por una de las alturas de la ciudad, divisé un lejano jardín, donde pronto distinguía la agitada pululación de un partido de fútbol. Al ver a los jugadores ensotados de púrpura, mi primera, pasmosa y desatinada impresión fue la de que allí se deportaba nada menos que un equipo del Sacro Romano Colegio... Solo más tarde llegué a saber que se trataba de los seminaristas de una fundación austríaca, a quienes no se qué privilegios visten precozmente en guisa de cardenales.

"Probablemente no existe precepto canónico alguno que rehusa a los cardenales de veras el ejercicio del fútbol. Nadie juzgará con todo fuera de orden que, de practicarlo, lo hicieran en concluso y cerrado jardín. Tampoco S. M. el Rey de Suecia, al jugar al tenis, lo hace a los ojos de todo el mundo, sino ante algunos tímidos privilegiados, a los cuales se agrega, por ventura, algún fotógrafo.

"Yo, para este mi jardín y deporte de poesía, no deseo fotógrafo siquiera. Que en él se entre con abrigo de intimidad y casi con aire de clandestinidad tolerada. Como los visitantes de ciertos museos, cuando, con una vaga sonrisa, se escurren hacia aquellas sus oblicuas secciones, capillas de Priapo y Libidine. Ligeramente corrido el lector aquí, para evitar al autor que tal se sienta".

Pero los libros son andariegos y ante nuestros ojos se ha abierto el *Museo secreto* de don Eugenio D'ors. Son los versos de un grave y sutil meditador. Plenos de alusiones, de intenciones y agudezas, en ellos resplandecen las mismas calidades que hicieron tan admirables sus breves y profundas glosas. Y los orea un claro y vibrante aire de Castilla.

*Si yo andaba por Castilla, se andaba tras mío el viento.
Era en el tiempo de mayo que es tiempo que muda el tiempo.
Hogaño los campos van, que Dios se gloria de verlos,
por las miesecicas nuevas, vestidos de terciopelo,
por las miesecicas verdes, con ese verde tan tierno;
y el viento allí levanta tornasoles al repelo.
De lo alto correr los vimos, los tornasoles ligeros,
procesión interminable, tierras de Castilla adentro.*

*Yo corría de Castilla, castillos, viñas y pueblos.
Me acompañaban amigos. Mañana eran otros nuevos.
Pero este, no me dejaba. Este, infatigable, el viento.*

El libro es casi un nuevo tomo del *Glosario* puesto en verso. Con idénticas bellezas de concentración, intensidad y ansia de orden clásico, mediterráneo, grecolatino. Serenos ejemplos de poesía, en los que se aunaron una vez más, muy bellamente, los mismos estímulos de pasión y de contención suscitadores de la magistral obra en prosa del maestro Eugenio D'ors. Gracias, una vez más, a don Eugenio en su cielo.